



**KITTY SEWELL**

**Trampa en el hielo**

Moose Creek no era para Dafydd Woodruff más que el recuerdo difuso de un poblado aislado en las gélidas tierras del norte de Canadá, donde años atrás había buscado refugio mientras intentaba huir de un grave error en su, entonces, incipiente carrera como médico.

Pero aquellos días habían quedado atrás y el doctor Woodruff, casado y afincado en Inglaterra, difícilmente habría vuelto a pensar en aquel inhóspito lugar de no ser por una carta que cambiará su vida: una misiva escrita por una niña de trece años que afirma ser su hija y cuyo mayor deseo es conocerle.

Una sorpresa mayúscula, máxime cuando Dafydd y su esposa llevan años intentando infructuosamente tener hijos; pero sobre todo porque la madre de su supuesta hija no es otra que Sheila Hailey, una hermosa enfermera de carácter dominante, de quien Woodruff no guardaba precisamente el mejor de los recuerdos y con quien podía jurar sobre la Biblia que jamás había tenido una aventura.

Sin embargo, la duda y la persistencia de los mensajes sobre su paternidad irán minando su ánimo y, con su matrimonio a punto de irse a pique y desprestigiado en su trabajo por un accidente mientras iba bebido, a Dafydd sólo le quedará una opción: retornar al lugar donde creía haber exorcizado todos sus demonios.

## Agradecimientos

Con mi agradecimiento a Simón & Schuster, mis editores, y a Sheila Crowley, mi agente, y a los muchos escritores, amigos y familiares que me han apoyado mientras escribía *Trampa en el hielo*.

Estoy en deuda con Helen Thayer, la primera mujer que alcanzó el Polo Norte Magnético a pie en solitario. Su extraordinario libro, *Polar Dream*, me proporcionó datos de inestimable valor sobre los osos polares, los perros árticos y la supervivencia pura y dura. Su relato me inspiró a encontrar valentía en lo más hondo de mí y emprender mi propio viaje, aunque muy distinto del suyo.

En Cell-Mate Diagnostics atendieron siempre pacientemente mis consultas sobre las maravillas y misterios del ADN, y doy las gracias también a quienes me proporcionaron información sobre las motocicletas británicas antiguas, la adicción al Demerol, las bebidas italianas, la conducta de las pulgas y el oficio de taxista en el norte de Canadá.

Y mi máximo agradecimiento a John Sewell, que me ha soportado estoicamente y me ha sostenido moral y económicamente en mi aspiración de ser escritora.

## Prólogo

*Costas del golfo de la Coronación,  
océano Ártico, marzo de 2006*

No se llevó la moto de nieve como le habían recomendado los mayores. Como casi todos los chicos, disfrutaba con el rugido de un motor ruidoso, pero en los últimos tiempos había comenzado a apreciar el sonido de sus pensamientos. Le gustaban los retumbos y crujidos del mar de hielo cuando se agrietaba, la ráfaga de viento ocasional, los chirridos que producían sus *mukluks* en la nieve al caminar. Y avanzar mediante el ejercicio de su propio cuerpo lo hacía sentir más capaz, en un mayor control de la situación.

Cargó una mochila con unas cuantas provisiones, las suficientes para el día, y ató una trailla al collar de la perra. Ésta había pertenecido a un anciano vecino, pero el joven, furtivamente, se la había apropiado. Era un gran demonio peludo, fiero cuando lo provocaban, leal pero nada efusivo.

Se colgó el rifle al hombro y guardó la pistola de bengalas en el bolsillo exterior. Era poco probable que las necesitara para defenderse, pues el perro ahuyentaría cualquier intromisión inoportuna. Volvió a comprobar que todo el equipo estuviera en perfectas condiciones, como le habían enseñado a hacer tantas veces, y luego partió del pueblo hacia el mar.

En primer lugar tuvo que atravesar la barrera costera. Al llegar a la orilla, se detuvo un momento a estudiar el camino. El mar impulsaba contra la costa enormes placas de

hielo, forzándolas a montarse unas sobre otras o estrujándolas como hojas de papel cuyas puntas incandescentes se proyectaban hacia el cielo en pináculos de formas escarpadas, algunos caídos y hechos añicos, como imaginaba que sería un bosque de árboles muy antiguos. Era un chico fuerte, alto y desarrollado para su edad, pero mientras trepaba a gatas por las aristas de hielo, gritando palabras de ánimo a la perra, la voz delataba su juventud. Estaba impaciente por salir allí fuera y hacerse un hombre.

Jadeando por el esfuerzo, llegó por fin al hielo abierto, se detuvo y miró a su alrededor, protegiéndose los ojos del resplandor con las gafas de nieve. Aquella amplia extensión tenía poco que esconder, pero aun así reservaba sorpresas y había que estar alerta. Tras unas palabras a la perra, emprendió la marcha. Al cabo de una hora, tomó hacia el oeste, siguiendo la distante línea de la costa. Mientras caminaba a buen ritmo para ahuyentar el frío, continuó estudiando el mundo que lo rodeaba y buscando huellas. Sabía que las posibilidades de encontrar un zorro eran muy remotas. Rara vez se los veía vagar sin rumbo fijo. Las malvadas bestezuelas seguían furtivamente a los osos polares para alimentarse de las sobras de la matanza de focas, pero se esfumaban con rapidez cuando el peligro acechaba. En la fina corteza de nieve había huellas intermitentes de zorros y osos que se cruzaban entre sí, unas grandes y pesadas que hundían la delgada nieve, y las otras pequeñas y delicadas. La mayor parte de ellas tenía días o incluso semanas. Al chico realmente no le importó. El gracioso animalejo era más atractivo vivo que muerto y la oscuridad de la sangre en su piel, blanca como la nieve, siempre lo había mareado un poco. Se dijo que lo importante de aquella expedición eran los desafíos de la soledad y la independencia. Sin embargo, sabía que necesitaba práctica para curtirse. Los hombres tenían que cazar para sobrevivir. Los hombres tenían que matar.

Caminar en silenciosa contemplación hizo que el tiempo transcurriera con rapidez. Se detuvo un par de veces y, acullado, tomó unos tragos de té dulce y caliente de la cantimplora y compartió un par de tiras de carne seca con la perra; sin embargo, le inquietaba quedarse quieto. Mientras el sol describía su arco, alzándose apenas en el cielo, el muchacho había tomado hacia el norte, luego hacia el este, y empezaba a volver hacia tierra firme. La perra, paciente, aburrida incluso, avanzaba a ratos con los ojos cerrados. A pesar de las gafas, los ojos del muchacho también empezaban a acusar el cansancio. No había más sombras que la suya.

Sin embargo, alcanzó a ver algo. Los latidos del corazón se le aceleraron al ver las huellas recientes que cruzaron su camino en diagonal. Un oso, probablemente sólo a una hora de distancia, tal vez menos. Las pisadas en la nieve eran grandes y el muchacho observó el horizonte con nerviosismo. Las huellas desaparecían en la plomiza lejanía. Un leve estremecimiento le recorrió la espalda. La gente sentía un respeto nato por los osos polares. Como decían los viejos: «El zorro lleva al cazador hasta el oso, tanto si el encuentro es afortunado como si no lo es». El muchacho sonrió ante aquel refrán estúpido, pero se sintió vulnerable y deseó haber escuchado los consejos sensatos y no haberse internado a pie en el mar helado. Miró hacia la orilla y trató de calcular la distancia. El pueblo apenas era visible. El humo de las chimeneas se elevaba recto en el aire inmóvil, formando columnas bien definidas. Media hora al trote, pensó, tal vez más, no podía estar seguro.

La perra había despertado de su sopor y avanzaba con vivacidad siguiendo las huellas, al tiempo que tiraba del chico por la correa, que éste se había atado al cinturón. El muchacho dio un enérgico tirón de la trailla y le gritó que se detuviera, pero el animal no respondió a sus órdenes. Nunca lo hacía. Colérico, le dio una patada en el costado y el can, a desgana, redujo la marcha. Un gruñido temible

salió de lo más hondo de su garganta y se le erizó el pelaje del lomo. Tal vez el objeto de su interés fuera un agujero de focas, pero el joven lo dudaba. Sabía que la perra había captado el olor del oso y que, siguiendo sus ancestrales instintos de lobo, gozaba ante la perspectiva de perseguirlo.

Aunque aún había mucha luz, el muchacho decidió de inmediato volver al pueblo y, tras un breve forcejeo con el animal, emprendieron la marcha. Sin embargo, el viento traía el olor del oso y la perra, que alzaba el hocico y husmeaba, no quiso renunciar a la perspectiva de unas buenas sobras. No dejaba de volverse y gruñir, deteniéndose para captar el olor contra el viento, mientras el muchacho la azuzaba con cierta violencia a seguir hacia la costa. Esta lucha de voluntades prosiguió hasta que, de repente, la perra se giró en redondo y arrancó en la dirección opuesta, casi levantando al chico del suelo.

Allí, a lo lejos, estaba el oso. Debía de haber notado u oído su presencia y había dado media vuelta. Ahora, el oso los seguía del mismo modo que ellos, sin saberlo, habían seguido al animal. Enseguida fue visible, a la luz grisácea, el triángulo de puntos negros formado por el hocico y los ojos de la bestia. Los tenía fijos en la perra y el chico, viendo en ellos una succulenta comida. El muchacho permaneció inmóvil y, de pronto, sintió que las fuerzas lo abandonaban y le temblaron las rodillas. Contuvo la repentina urgencia de orinar.

A cada momento que pasaba, el oso se volvía más grande y nítido. Se acercaba a ellos con unos andares pesados y patizambos. Sus movimientos eran decididos, pero no abiertamente agresivos. Tampoco eran cautelosos o precisos. Sólo decididos. Se trataba de un macho de tamaño descomunal, aun cuando se podía apreciar claramente su delgadez invernal bajo el pelaje de color crema.

Lo que puso en acción al muchacho, finalmente, fue un sonido que cruzó el silencio que los separaba, el de la leja-

na respiración agitada y babeante del hambriento animal. Sin quitarse los gruesos guantes, rebuscó con torpeza en el bolsillo la pistola de bengalas y mientras la cargaba con manos temblorosas, frenético, le gritó a la perra que dejase de dar tirones y saltos. Podía soltarla, pero todavía esperaba que sus gruñidos y ladridos ahuyentaran al oso.

Con cierta habilidad, el muchacho disparó una bengala que cayó a los pies de la bestia. El oso se detuvo unos momentos, olisqueó el proyectil con suspicacia y alzó el negro hocico, moviendo despacio la cabeza hacia delante y atrás. Pronto, la bengala dejó de ser un elemento disuasorio y reemprendió la marcha. En esta ocasión, avanzó más deprisa y con más agresividad.

El chico disparó media docena de bengalas más en rápida sucesión, pero el animal las rodeó y siguió avanzando. El joven preparó el rifle. Dispararle sería su último recurso. Un oso herido enloquecería de rabia y sus movimientos serían aún más imprevisibles.

Al sostener el pesado rifle, notó que le temblaban las manos y que las movía con torpeza. No podía quitarse los guantes interiores sin correr el riesgo de que se le helaran los dedos, en cuyo caso de nada le servirían. Entre el miedo y los temblores, ya empezaba a notar el frío. No podía quedarse mucho rato más allí, inmóvil. El oso apenas estaba a treinta pasos, y había llegado el momento de soltar a la perra. Con creciente pánico en el pecho, soltó la correa y la perra cargó contra el oso, que se detuvo a observar, desconcertado y con las fauces abiertas, la furia desatada que se precipitaba contra él, que lo rodeaba, y que, de un salto, le hincaba sus potentes mandíbulas en la pata trasera. El oso se revolvió y trató de alcanzar a la perra, pero ésta se aferraba a su presa como si hubiera concentrado toda su fuerza en aquellas rabiosas quijadas.

El chico contempló la batalla estremeciéndose con violencia. Le habían dicho que nunca delatará su miedo delante de un oso, pero la realidad era distinta de las fanfarrona-



das de los ancianos. La bestia, colosal y furiosa, resultada aterradora, eso era innegable. Anonadado, advirtió que su compañera canina no sentía tal temor. Por pequeña que fuera en comparación con su oponente, la perra se lanzó a la pelea con una determinación que procedía de una rabia ancestral.

Sin saber qué más podía hacer, el muchacho apuntó al oso con el rifle y esperó. La perra no soltaba la presa pero, cuando llevaban unos momentos de enloquecida danza, el oso se desasíó de la dentellada y huyó, perdiéndose a lo lejos perseguido por su adversaria.

El muchacho llamó a gritos a la perra pero, cuando la perdió de vista, dio media vuelta y echó a correr hacia la orilla, rifle en mano, y abandonando la mochila en el hielo. El pueblo estaba más lejos de lo que parecía, pero continuó corriendo al tiempo que los dedos de las manos y de los pies volvían a la vida con el flujo energético de la sangre circulando por su cuerpo. Cuando por fin distinguió las casas, aminoró el paso. Los latidos de su corazón le martilleaban los oídos y su respiración era profunda y jadeante; sentía los pulmones a punto de estallar debido a la gelidez del aire.

Los ruidos de su cuerpo le impidieron oír el leve crujir de la nieve a su espalda. El oso se le aproximaba por detrás, deprisa pero en silencio. Lo primero que notó fue que la perra ladraba una advertencia. Se volvió y vio que el oso avanzaba derecho hacia él. Entonces distinguió a la perra: herida y dejando un reguero de sangre, todavía acosaba a su presa. Como si el tiempo se hubiera quedado detenido, el chico permaneció inmóvil, preguntándose cómo la habría alcanzado el oso y si sus heridas eran de consideración.

El oso atacó, pero en el último instante se detuvo ante el chico y se irguió sobre las patas traseras. Se hallaba a cinco pasos de distancia y su sombra oscureció la nieve. Rápido de reflejos, el muchacho apuntó con el rifle al peludo

pecho pero, en el preciso instante del disparo, el oso se puso de cuatro patas y la bala se perdió en el aire.

Un golpe de la gigantesca zarpa lo hizo volar por encima del hielo y un dolor aplastante en el pecho lo dejó sin aliento. Sabía que si no ocurría un milagro, iba a morir. El oso le saltó encima y, aunque no sintió dolor, notó que le desgarraba la pierna como si fuera un pellejo de alce podrido.

La perra también estaba herida de muerte, pero su fidelidad al amo y su odio a los osos le hicieron renovar los ataques. Conmocionado, el muchacho vio los frenéticos esfuerzos del can por distraer a la bestia y se preguntó por qué a veces había tratado a aquella perra leal con tanta desatención, con tanta indiferencia. El oso se disponía a darse un buen atracón y, comparado con aquel perro ágil y cargante, el chico lo esperaba inmóvil. Irritada, la fiera dio un manotazo a su cada vez más débil acosador. Con todo, la perra consiguió esquivar sus zarpas de un salto y siguió mordidiéndole las patas traseras. El oso se volvió en redondo, frustrado y furioso. En un momento de claridad, el muchacho vio el rifle cerca e intentó arrastrarse hasta él, pero el empeño resultó vano. No podía moverse y a duras penas respiraba.

Mientras se debatía para llevar aire a los pulmones, algo cambió en su interior y una repentina serenidad invadió su pecho. Sabía que su fin estaba próximo y, sin embargo, descubrió que no lo lamentaba. Se cerró a pensamientos y emociones, y el miedo disminuyó. Su cuerpo se relajó y, con el valor que le daba la inminencia de la muerte, volvió el rostro hacia lo inevitable.

Con una leve sorpresa, de detrás de la masa frenética y confusa de pelo blanco y gris vio aparecer a un hombre encorvado y anciano. Lo reconoció. Lo conocía desde hacía muchísimo tiempo. Con paso cansino, el viejo avanzó por la nieve hacia él.

—Vamos, hijo, dame la mano —dijo el anciano, y extendió su mano nudosa hacia el muchacho.

Pero por más que se esforzaron en alcanzarse, sus dedos no se tocaron. Estaban demasiado lejos el uno del otro.

## Primera parte

## 1

*Cardiff, 2006*

El doctor Dafydd Woodruff observó el rostro de su esposa con cierta indiferencia. En su opinión, era demasiado temprano para hacer el amor. Isabel era insomne y se había acostumbrado a despertarlo con el alba, dándole golpecitos con las rodillas y rozándole la espalda con los pezones al tiempo que se revolvía y suspiraba. Sin embargo, cuando por fin conseguía despertar su interés y se salía con la suya, como esta mañana, a menudo ella parecía hallarse muy lejos, en otro lugar, y medio fingía que dormía.

Pero él sabía que no era así. Isabel tenía los ojos cerrados con demasiada fuerza y un surco en su frente denotaba concentración. Para ella, aquello era trabajo. Cuando el ritmo ganó intensidad, alargó los brazos y se agarró a los barrotes del cabezal. La cama tembló, golpeando con fuerza la pared. Los tornillos del armazón se habían aflojado —lo hacían periódicamente— y Dafydd siempre se olvidaba de apretarlos. Intentó moderar sus movimientos, pero Isabel se quejó con un gruñido.

Cuando apareció un rubor sonrosado en el pecho de su mujer y Dafydd notó que ella le ceñía las caderas con sus muslos, lo invadió aquella penosa sensación de estar cumpliendo con un deber. Como siempre, intentó acompañarse a ella y cerró los ojos con la esperanza de que la marea de su climax lo arrastrase pero, maldita sea, no ocurrió así.

—Sigue. —Isabel abrió unos ojos vigilantes y lo miró con fingida amenaza—. No creas que he acabado contigo.

—¿Bromeas? —la tranquilizó él y continuó.

Sin embargo, por más que apretó los dientes, no pudo evitar el desastre. Los sentimientos profundamente ambiguos que le inspiraba todo aquello influyeron en sus partes vitales y redujo el ritmo hasta detenerse.

—¿Esto es todo? —dijo ella con forzada despreocupación—. Es mi último día fértil.

—Oh, vamos, cariño —replicó Dafydd mientras se apartaba de ella, rodando sobre la cama—. Estas cosas no son nunca tan exactas...

Aunque estaba sonrojada por el esfuerzo, Isabel se cubrió hasta la barbilla con la sábana y clavó la vista en el techo. Dafydd emitió un suspiro y se volvió a mirarla.

—Escucha, Isabel, lo siento. Tu cuerpo tal vez funcione con el calendario, pero el mío, no.

—Está bien —replicó ella—. Pero explícame, por favor, qué estoy haciendo mal.

—Dios mío, Isabel, ahora no. Son las cinco de la mañana. —Se volvió hasta quedar boca arriba y vislumbró el inminente amanecer a través de la claraboya. Le tomó la mano con gesto cansino y añadió—: Durmamos. Tu último día fértil todavía no ha comenzado.

—Si tú lo dices...

Isabel le dio la espalda, pero su respiración enseguida cambió y se hizo más profunda y tranquila. Dafydd intentó desconectar, alejar aquella exasperante sensación de fracaso, pero la cacofonía de los pájaros en el jardín se le antojó sumamente ruidosa y alarmante. Se estremeció de frío y se arrebujó bajo las mantas.

Por fin había conseguido dormirse cuando oyó un ruido. Era el cartero, que metía la correspondencia en el buzón. La tapa se abrió y las cartas cayeron a las baldosas del vestíbulo con un susurro. Dafydd se resistió a abandonar el lugar indeterminado en el que estaba, bañado por el sol bajo un cielo azul intenso, pero el esfuerzo lo impulsó hacia la superficie de la conciencia como un corcho en el agua.

Echó una ojeada al despertador, que estaba al otro lado de la forma durmiente de su mujer. Acababan de dar las siete. Tumbada boca arriba, Isabel roncaba suavemente. Se había subido la sábana por encima de la cabeza para protegerse de la luz y Dafydd se metió bajo las mantas con ella. Medía casi lo mismo que él y sus largas piernas desaparecían en la oscuridad al pie de la cama. Observó sus cuerpos en la penumbra. Eran de la misma especie y sin embargo muy distintos y, según la medicina, bastante incompatibles. Aquella unión de esperma con óvulo no quería producirse por más que lo hubieran intentado en multitud de formas, agotando casi todo lo que tenían a su alcance. Rhys Jones, obstetra y ginecólogo con una trayectoria profesional impresionante, había admitido la derrota de mala gana. Les había dado unas palmaditas en la espalda mientras les decía que el embarazo todavía podía producirse de manera natural, con tiempo y paciencia, consultando calendarios y termómetros; sin embargo, Dafydd sabía que los encomendaba a un puñetero milagro. Isabel y él pasaban ya de los cuarenta.

Además, ya estaba harto. Aquello había comenzado a destruir la poca pasión que existía entre los dos. El hilo del deseo, por lo que a él respectaba, se había vuelto tan frágil que le daba miedo. Había intentado decírselo a Isabel, contarle que había perdido algo vital, que ya se sentía demasiado viejo para ser padre, pero ella se mostraba inamovible en su determinación de seguir probando.

Dafydd saltó de la cama, se puso el batín y bajó la escalera. Ya en la cocina, puso agua a hervir y abrió las persianas. El día era gris. La típica mañana lluviosa de Cardiff. Las hojas muertas se pegaban a los cristales mojados y en el alféizar crecía musgo verde. No recordaba cuándo había visto el sol por última vez aunque, por el calendario, todavía era verano. Echó un puñado de granos de café en el molinillo eléctrico y escuchó el zumbido frenético del aparato, aguzando el oído por si su esposa se movía, confiado en